

es sana; es como el aire á campo abierto: azota, pero fortalece.

Por ella, por la santa verdad, lucha la juventud en todos los órdenes sociales; por ella combaten en la esfera del arte los que al nombre de artistas aspiran; porque vuelva al teatro, de donde la expulsaron cerebros enfermizos é imaginaciones timoratas, están dispuestos á pelear sin tregua los autores jóvenes, los que sólo en la Naturaleza encontraron la fuente inagotable, eterna, segura, donde nacieron obras capaces de resistir el peso del tiempo y los embates del olvido. En ella se inspirarán y triunfarán con ella.

Sólo apoyándose en la verdad pueden ser el arte grande y los hombres viriles.



## LO QUE SE DEJA.

En las calles, en los cafés, en los círculos, en todas partes, sólo habla la gente de una cosa: ¿Del acorazado norteamericano que ha surgido en la Habana? No: de la muerte de Gavira.

Algunos periódicos han publicado extraordinarios verdaderamente extraordinarios. Orlas de luto, poesías fúnebres, artículos necrológicos, ¡la mar!... Desde el ¡*Cánovas ha muerto!*, no se ha manifestado el dolor popular á toda orquesta, hasta el ¡*Gavira ha muerto!*... El tiro de Angiolillo y el de... quien sea, han penetrado igualmente la en-

traña pública... Todos comentan el último *suceso*, todos lo deploran... Nadie comentó la muerte del pobre sereno, asesinado por un borracho, cuando cumplía con su deber... El hecho se explica; matando á un sereno no se atentaba contra nada; matando á Gavira se ha atentado contra una institución nacional: la coleta.

Lejos de mi ánimo hacer un ademán despreciativo ante el cadáver de Gavira; un hombre muerto siempre es respetable. Deploro la muerte de Gavira como deploraría la de otro semejante cualquiera. Descanse en paz el infortunado torero... Hagan los periódicos extraordinarios; lamenten la desgracia, con lamentos hiperbólicos, la colectividad; señálese el día con piedra negra... y atengámonos todos á las consecuencias de la tauromanía patria...

Siempre ocurrió así. La coleta ha sido el único pelo que nadie se ha atrevido á tomar en España. Al entierro del *Espartero* fué más gente que al de Zorrilla... Méndez

Núñez agonizaba solo, y la multitud gemía ante la casa de un torero herido... Lacayos galoneados iban desde la plaza de Oriente á la calle donde padecía el diestro... Conducta lógica; cortesía de una institución con otra institución. El matador herido por divertir al público, inspiraba más interés que el héroe herido por defender la patria... ¡Qué vamos á hacerle!... Derivaciones romanas que no hemos podido echar del cuerpo... Eso está en la sangre...

Para mí fuera parte del sentimiento natural por el hombre que ha muerto, la nota triste del asunto no es el que se va, son los que quedan; esa madre que ha agonizado siete días junto á su hijo, esa pobre muchacha vestida de negro que lloraba á la puerta de la sala por el torero objeto de su amor... Esas dos figuras enlutadas; esa madre que, con la brutalidad sublime del cariño, se ha opuesto á que nadie más que ella tuviese derecho legal para llamar suyo al que se marchaba, y esa mujer que no ha pensado

en nada más que en llorar á *su hombre* son la nota dramática, lo verdaderamente sagrado, lo digno de compasión y de amargura... Seguro estoy de que el mismo Gavira no ha sentido morir por él, sino por ellas...

¡Morir!... ¡Qué más da!... Morir de un tiro ó de una pulmonía, ¿qué importa? Lo que se deja encima de la tierra cuando la tierra le cubre á uno, es lo que entristece la hora de la muerte, lo que nos hace revolvernos contra ella en la última y definitiva crispación de la carne.

Se ama la vida por lo que en la vida nos rodea; por los pedazos de vida ajena que se van adhiriendo á la nuestra durante el viaje... Fuera la vida aún peor de lo que es, y á ella nos agarraríamos desesperadamente antes de dejarla... Vivir bien ó vivir mal es lo de menos para sentir la muerte... ¡Si no fuese por lo que se deja!...

Recuerdo á este propósito algo que me contaron cierto día que visitaba yo el presidio de Valladolid.

En uno de los patios, sentado en el suelo y recostado indolentemente contra la pared había un presidiario viejo. Sesenta años tenía, y llevaba en la casa cuarenta.

Cuanto fuera del presidio dejó al entrar en él, no existía ya: ni madre, ni hermanos, ni amigos, ni novia... nada. Al lado allá de los muros no había mundo para él, porque no había afectos que le perteneciesen. Dentro del presidio estaba su patria, y dentro de él había educado unas palomas que atendían su voz, y se posaban sobre sus hombros, y le acariciaban con sus picos y le abanicaban con sus alas en las siestas calurosas del verano. Toda su familia eran aquellas aves... Y con ellas vivía el hombre tan á gusto.

Años y años pasó de esta suerte... Un día cumplió su condena; era libre.

Cuando le dieron la noticia manifestándole que tenía que dejar el presidio, se quedó atontado... ¿De alegría?... ¿De pena?... ¿Salir?... Y ¿dónde iba él?... ¿Quién le esperaba?... ¡Dejar su casa, su mundo, sus

palomas!... ¡Todo!... ¡Vaya, que no se iba!...  
¡Sería cosa de morirse!

Y no se fué... Al primer compañero que se le puso por delante le metió una cuarta de hierro en el brazo; y le sentenciaron y siguió en presidio.

Porque lo que el hombre decía:

— ¡Cómo dejo yo á mis palomas!...



## MÚSICA.

La sala del teatro Real ofrecía anoche un aspecto brillante.

*Lo mejor de Madrid* se había dado cita en la Opera; títulos, banqueros, propietarios, etc., etc. (Todos los periódicos de hoy.)

Un obrero que ganaba diez reales de jornal se ha caído de un andamio, destrozándose la cabeza contra las piedras de la calle; su familia, compuesta de la mujer y cuatro hijos pequeños, queda en la más espantosa miseria... (Cualquier periódico de cualquier día.)

Sí; era brillante el aspecto que ofrecía la sala. Función de todo brillo fué la de anoche en el Real. Brillo de sedas lascivamente